

10 de septiembre de 2026

VIDAS DE SANTOS

“La emperatriz Santa Pulqueria: una segunda Elena”

El Señor es capaz de despertar a los suyos y guiarlos hacia la santidad. Esto no siempre significa retirarse a un monasterio o servir a Dios en una ermita. También puede suceder en una corte imperial, donde la pompa y la opulencia suelen ser la norma. Incluso en este contexto, encontramos una y otra vez personas que, a pesar de todo el lujo que les rodeaba y de la seducción que el poder puede ejercer sobre las personas, se convirtieron en modelos brillantes para muchos. Supieron sustraerse a la atracción de una vida cortesana, a menudo vanidosa y vacía, y en su lugar se pusieron humildemente al servicio del Señor.

Una de estas personalidades destacadas fue la santa Pulqueria, emperatriz del Imperio bizantino. El obispo san Cirilo la describió como «la esposa más casta de Cristo, la joya del mundo, el ornamento de la Iglesia», y los padres del Concilio de Calcedonia la denominaron «guardiana de la fe, promotora de la paz, combatiente de los herejes, la nueva Helena».

Pulqueria era hija del emperador Arcadio. A los nueve años quedó huérfana. Pero Dios, que quería servirse de ella como instrumento para sus santos designios, atrajo hacia sí el corazón de la joven y, desde muy tierna edad, le concedió el don de la sabiduría, el amor a la oración y a la soledad, y una valentía viril.

Como una piadosa madre, enseñó a orar a su pequeño hermano Teodosio, que un día se convertiría en emperador. Lo instruyó en la religión católica, lo llevaba asiduamente a la iglesia y le enseñó todo lo necesario para convertirlo en un gobernante temeroso de Dios. Del mismo modo, desempeñó el papel de madre y padre para sus dos hermanas menores. Amaba tanto a Jesús, su divino Salvador, que hizo el voto de permanecer siempre virgen y convenció a sus dos hermanas para que hicieran lo mismo.

Cuando solo tenía quince años, Pulqueria fue elevada al rango de soberana del Imperio y tuvo que gobernar en nombre de su hermano, que todavía era menor de edad. Aunque era emperatriz, ocupada siempre en los asuntos más importantes del Imperio y admirada y alabada por todos por su sabiduría, se mantuvo humilde y modesta. Cuando tomaba alguna decisión importante, lo hacía siempre en nombre de su hermano para que fuera él quien recibiera el honor y ella pasara desapercibida.

El palacio imperial, que solía ser escenario de espléndidas fiestas, se convirtió, bajo su supervisión, en una especie de monasterio, con una disciplina y un orden estrictos. Ningún hombre podía entrar en sus aposentos ni en los de sus hermanas. Solo en público veía y hablaba con los hombres. Siempre que los asuntos del Imperio se lo permitían, se dedicaba a rezar, a leer o a realizar labores manuales con sus hermanas. Asimismo, mortificaba su cuerpo con ayunos y vigili­as nocturnas, y renunciaba de buen grado a los placeres de la corte.

Cuando tenía que dar alguna orden o llevar a cabo un asunto importante, primero suplicaba a Dios que le concediera sabiduría y luego pedía consejo a hombres sabios. Solo entonces procedía a ejecutarlo. Aunque era una doncella frágil, supo gobernar el vasto Imperio con tal sabiduría y fortaleza que sus súbditos nunca estuvieron tan contentos y satisfechos, y el nombre del Imperio romano nunca fue tan temido y honrado por los pueblos extranjeros como bajo su regencia. Pulqueria era, sin duda, un adorno para el mundo.

Sin embargo, no estuvo exenta de cruces y de ataques contra su persona. Su situación cambió cuando su hermano Teodosio contrajo matrimonio. Su esposa, que abrazó la fe cristiana y recibió el nombre de Eudocia, cayó bajo la influencia de ciertos círculos que la incitaron a rivalizar con Pulqueria. Cuando Eudocia fue declarada Augusta junto a Teodosio, obtuvo mayor influencia y fomentó la propagación de la herejía monofisita. A raíz de ello, Pulqueria fue exiliada de la corte. Ella, que desde hacía tiempo anhelaba la tranquilidad, la soledad y la paz por encima de todo, se retiró a un lugar rural donde, alejada del mundo, se dedicó a la oración, la lectura y la meditación de las Sagradas Escrituras, viviendo en íntima unión con Dios.

Sin embargo, sufría al ver cómo todo el Imperio, antes tan ordenado, se sumía cada vez más en la confusión. Fue el papa san León Magno quien la instó entonces a salir en defensa de la causa de Dios y de la Iglesia. Pulqueria solicitó una audiencia con su hermano, el emperador, y le hizo ver cómo había sido engañado y llevado al borde del abismo. Teodosio le hizo caso y mandó desterrar y ejecutar al consejero de su esposa. Poco después, el emperador falleció y su esposa, Eudocia, se retiró a Tierra Santa, donde llevó una vida de penitencia hasta su muerte.

Así, Pulqueria se convirtió en la única emperatriz del Imperio bizantino. Los magnates del Imperio la presionaban para que se casara. En Marciano encontró a un hombre dispuesto a vivir con ella un matrimonio josefino, de modo que pudiera guardar el voto de virginidad que había hecho desde su infancia. Ambos compartían el mismo objetivo: hacer felices a

sus súbditos, fomentar la religión y la piedad en todo el Imperio, llevar una vida de santidad y morir en la gracia de Dios.

Al ver el terrible daño que la herejía estaba causando en el reino y la confusión que sembraba en toda la Iglesia, acogieron de buen grado la propuesta del Papa de convocar un concilio ecuménico. Este se congregó en el año 451 en la ciudad de Calcedonia, con la presencia de cuatro delegados papales y 250 obispos.

El emperador Marciano asistió personalmente a varias sesiones y la herejía nestoriana, que atacaba la naturaleza divina de Cristo y su santa encarnación, fue condenada por unanimidad. Santa Pulqueria y su esposo fueron honrados por todos como defensores de la fe y siguieron esforzándose por implementar las decisiones del concilio en todo el Imperio.

Así, la santa emperatriz logró finalmente restablecer la paz en el Imperio y cumplir su gran deseo de hacer mucho bien. Edificó iglesias, fundó hospitales y los abasteció con generosidad. Ella misma visitaba a los pobres y les socorría en sus necesidades. A la edad de cincuenta y cuatro años, Pulqueria falleció y dejó todos sus bienes como herencia para los pobres. ¡Dios había concedido al mundo y a la Iglesia una «segunda Elena»!

Meditación sobre el evangelio del día: <https://es.elijamission.net/el-modo-de-dios-2/>